

G.E.S.A.

777

Había escarbado largo rato esperando que estuviera ahí, pero aparte latas de atún vaciadas y abiertas y jeringuillas medio sangrientas, en el vertedero no había nada de nada. La nada obscena y desesperada que día tras día se estaba haciendo concreta y entorpecía las investigaciones y empeoraba el calor.

“Si la nada tuviese una forma, sería un cubo enorme.” Pensaba Miguel al volante de su SEAT Marbella. Quería volver a casa, pero no era posible: antes tenía que encontrar los pedazos de su hermano, un conocido camello, desaparecido desde hacía unos días.

- Le arrancaremos el corazón del pecho y los ojos de las órbitas.- Así le habían dicho, parece. Así lo habían hecho, sin duda. La gente es de palabra, cuando quiere.

Como hermano, Antonio, había sido decente: nunca se sentaba en el sitio de los demás en la mesa, y si llegaba tarde no protestaba si no había quedado comida. Entendía y pasaba bastante, era un humano de esos que guardan la facultad de pensar.

A veces se lavaba y otras no, pero el baño lo dejaba siempre más o menos en condiciones. Sabía no molestar, y en eso Manuel entreveía una señal de grandeza.

Para el mundo exterior, era una verdadera catástrofe: se le consideraba una plaga social, alguien que traficaba de la manera más sucia, poniendo en circulación papelines desesperantes. Sin embargo no traía a casa el aire de esa porquería; reservaba sus asuntos privados para su dormitorio, la puerta cerrada y en silencio. Manuel le quería, a ese hermano discreto, y ahora buscaba sus pedazos como un condenado, para entregarlos en familia envueltos en un pañuelo. No eran comida de perro, los ojos de su hermano: miraban la tele atentos, juntos con los demás. Y el corazón, sobre todo, seguro

que lo había tenido, a pesar de lo que se decía por ahí; bien encerrado debajo de las costillas, había latido por años, regularmente en función, sin exhibirse en exceso.

La verdad es que Manuel nunca había estado de acuerdo con esas ocupaciones equívocas de Antonio, es más, por reacción, hasta había pensado hacerse policía. Pero lo había dejado: la vida es demasiado emblemática como para vivirla en uniforme, perteneciendo a otra cosa que a uno mismo. En fin. Mientras los días pasaban distintos para cada uno de ellos, Manuel se había aferrado al sentido de la familia. Que a veces no es otra cosa que cuatro cabezas y una pantalla, a veces olor a fritura y a cadena de váter tirada. Pero fuera no había nada mejor, ni una novia, y entonces uno seguía buscando los trozos del hermano perdido, volviendo tercamente siempre al mismo lugar.

Nada, tan sólo la luna y la central eléctrica partiendo el paisaje con sus tres chimeneas de humo amarillento. G.E.S.A., Gas y Electricidad Sociedad Anónima. No se apagaba nunca, especialmente en verano, cuando la población de la isla decuplicaba. Parecía respirar como un falso volcán que permite de usar lavadoras y planchas.

Manuel pensó en un mundo sin electricidad: lo encontró trabajoso hasta de imaginar. Pero G.E.S.A de cerca era tan aplastadora, con su dibujo geométrico hijo de los años sesenta, que a pesar del verde y de las enormes cristaleras, se parecía más a un insulto que al progreso amigo. Apestaba a azufre, a carburante barato, encima de escombros y cadáveres lejanos de su luz.

Ya al borde del reino de las sombras, Manuel husmeaba por ahí, con una sensación de excitación y desconsuelo. Pasó una hora más y Antonio no aparecía, ni vivo ni en pedazos.

Su madre todavía no estaba vestida de luto, pero había empezado a planchar la falda negra de pliegues y había entrado en silencio en ese dormitorio que procuraba no limpiar nunca demasiado a fondo, porque ella no quería saber. Sufrir, sí, le tocaba, pero no permitía al mundo que le pidiera más.

Entonces, la llamada, breve, directa, cruel:

- Hemos tirado al cerdo hecho pedazos al vertedero.-

“Manuel se lo sentía.” Pensó con la falda en brazos. Venía de acabar justamente con esos tres mil pliegues. Luego preparó la blusa, las lágrimas y el rosario. Y una blasfemia apropiada le salió, como un eructo, de la garganta.

-¡Podrían ir más despacio!- Pensaba Miguel caminando. Los coches, desde la carretera, contaminaban su silencio interior, restándole concentración en su tarea de búsqueda. -
¡Animales!- dijo entre sí.

Era un sábado noche de junio. Cuando Antonio apareció, tímidamente, un dedo, Manuel aguzó la vista y el alma le dio un vuelco importante: emergía poco a poco, bajo la silueta de G.E.S.A., un puzzle desangrado que había formado un hombre. Manuel abrió el pañuelo que tenía preparado, recogió el primer dedo y levantó la mirada al cielo: nada. Ni un estremecimiento. Motos a toda pastilla. El mundo no se alteraba frente a la masacre de Antonio.

Lo encontró casi todo, por lo menos según sus nociones de anatomía. Apretó en el pañuelo las partes más representativas, las que había prometido devolver a sus padres. Serían las dos, más o menos, hora clave para los que salen y empiezan a calentarse en los abarrotados bares del puerto. Armaban un jaleo horrible, rumbo a las discotecas, y Manuel, en ese momento, no les podía aguantar. Sentado y consternado, un poco sucio

de sangre, miraba G.E.S.A. y la carretera, alternativamente. La gran central soplabá perennemente encendida.

Entonces se levantó decidido, como en un sueño exacto, y se acercó a la entrada. Extraño, no había nadie. No estaba ni siquiera cerrada. Manuel quedó en el vestíbulo aferrándose al pañuelo. Pasó por pasillos estrechos, por escaleras profundamente grises y llegó al primer piso: la luz ahí era más baja, tirando casi a penumbra. Los operarios le vieron, asustados, e intentaron acercársele, pero él empezó a agitarse. Huía debatiéndose y gritando que le dejaran en paz. Llamaron a los vigilantes. Demasiado tarde: como una bestia herida, Manuel aterrorizaba todo el que intentara cogerle y contener su dolor. Con una barra de hierro encontrada en el vertedero empezó a golpear las máquinas a diestra y siniestra, a voleo. Por fin rompió un cuadro de mandos y la oscuridad se apoderó de la isla. En el barullo, ahí dentro, le agarraron y le volvieron a perder; quería mirar afuera, sordo a todo reclamo.

Eso es, lo había conseguido. Imaginó las cosas y las personas, sanas y enteras, sentir por un momento un desasosiego sutil.

Su madre miró en frente, si los vecinos también se habían quedado a oscuras. Parecía que sí. Sus hijos se le agolparon en el útero.

Por un momento Manuel dudó no haber hecho bien: tal vez no fuera ético apagarlo todo por él, un camello cualquiera, hijo de puta, encima. No era un luto para los demás, tan sólo una noticia para leer a boca torcida, cómodamente sentados.

Pero luego se vio a sí mismo, colgado de un pañuelo, y pidió aún más tinieblas, si eso era posible: que un luto profundo descendiera sobre la isla donde había nacido y donde ya no tenía ni siquiera un hermano.

777